

SERMON
DE LA
NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

(DE SANTANDER.)

*Liber generationis Jesuchristi... Jacob autem genuit Joseph virum
Mariæ, de qua natus est Jesus.*

Libro de la generacion de Jesucristo... Y Jacob engendró á José, es-
poso de María, de la que nació Jesus.

S. Mateo, c. 1. v. 1 y 16.

¡Qué difícil es, amados míos, formar el verdadero elogio de una criatura en la cuna! Los oradores mas excelentes, los Tulios, los Demóstenes, y cuantos hombres poseyeron con eminencia el arte de persuadir, jamas podrian formar con los colores mas brillantes de su elocuencia su verdadero panegírico. Todas sus predicciones serian inciertas, todos sus vaticinios contingentes, todas sus conjeturas aventuradas, sin que la influencia de los astros, la nobleza de su origen, ni el cuidado de su educacion puedan servir de principios ciertos para profetizar su exaltacion ó abatimiento, sus vicios ó sus virtudes. Porque á la verdad, señores, un niño que, como decia el santo Job (1), sale desnudo del útero materno para vivir poco tiempo sobre la tierra, y eso poco rodeado de miserias; un niño que á la manera de una flor delicada apenas aparece, cuando se marchita, que huye como la sombra y jamas permanece en un mismo estado; un niño que aún no habla ni distingue los objetos

(1) *Job. c. 14. v. 1.*

que se le presentan, ¿quién sabe si vendrá á ser algun dia las delicias del género humano, como Tito, ó el azote de los hombres, como Atila; si subirá de la suerte mas humilde hasta el trono, como los Davides y Agatócles, ó si bajará desde la púrpura hasta la mas humilde fortuna, como los Andrónicos y Vitelios; si se verá adorado en los altares, como los Luises y Fernandos, ó sepultado en los abismos, como los Nerones, Calígulas y Domicianos? ¿Quién sabe si una niña que aún no despliega los labios ni conoce á sus mismos padres, será algun dia la gloria de Jerusalem, como Judit, la defensa de su pueblo, como Ester, y el terror de sus enemigos, como Débora; ó la ignominia de su sexo y el escándalo del mundo, como las Agripinas, Drahomiras y Cleopatras? Todos ciertamente lo ignoramos: él es un niño concebido en culpa, y ella es una niña nacida en pecado: sobre su entendimiento se descubre una nube densa de ignorancias, y sobre su voluntad un torrente impetuoso de concupiscencias, apetitos y pasiones; ¿quién será pues tan temerario que se atreva á presagiar el uso que harán de sus potencias, cuando tengan libertad de obrar con ellas? Por eso dije en el principio que era sumamente difícil formar un elogio verdadero de una criatura en la cuna.

Pero esta enorme é insuperable dificultad desaparece enteramente en el amable objeto, que hoy celebra nuestra madre la Iglesia, y que nos ha congregado en este santo templo. Como el pecado de Adan oscureció toda la tierra con su sombra, y nacemos todos envueltos en las tinieblas de la culpa, traemos escrito en la frente, como decia san Juan en su Apocalipsis (1), esta palabra *misterio: in fronte ejus nomen scriptum, mysterium*. Por eso somos incomprendibles al nacer, y nadie puede asegurar lo que seremos en el resto de la vida. Pero como en la festividad presente todo es claridad, todo pureza, todo santidad, como dice san Gerónimo, y se hallan á una distancia inmensa las sombras y tinieblas del pecado, no solamente es fácil formar el elogio de esta niña, sino que le hallamos formado soberanamente en las antiguas Escrituras y en el Evangelio del dia. Sí, señores; hoy nace una niña anunciada por los profetas, esperada por los patriarcas, representada en un sinnúmero de misteriosas alegorías, y pedida por mas de cuatro mil años

(1) *Apocal. c. 17. v. 5.*

con lágrimas, oraciones y gemidos (1). Una niña que es la primogénita entre todas las criaturas, la llena de todas las gracias, la colmada de todas las virtudes, la bendita entre todas las mujeres; una niña que es el arca de Noé, la estrella de Jacob, la vara de Jesé, la zarza de Moisés, el vellocino de Gedeon. Hoy nace una niña, en la que se reúnen con eminencia los mas bellos dotes de la naturaleza, con los mas preciosos adornos de la gracia. Qué pudor en su semblante! qué majestad en su frentel qué modestia en sus ojos! qué hechizo en sus labios! qué hermosura en su cuerpo! qué santidad en su alma! Ah! *Tota pulchra es, María, et macula non est in te.* Hoy, digámoslo ya de una vez, hoy nace María santísima para madre del mismo Dios, para amparo de los hombres, alegría de los ángeles y terror de los demonios: *De qua natus est Jesus.*

Venid, celestiales inteligencias, Virtudes, Dominaciones, Tronos y serafines; venid á prestar el homenaje debido á vuestra Reina; postráos con respeto al pié de su dichosa cuna; besad con veneracion las sagradas fajas que la envuelven; hacéd resonar esos aires con himnos y cánticos en sus alabanzas, y confesad con asombro de su felicidad que ella será la madre de vuestro mismo Criador.

Y vosotros, amados oyentes míos, con quienes nace la devoción á esta incomparable Reina, venid á imitación de los ángeles á adorar á vuestra gran patrona; venid llenos de gozo á celebrar este dia grande del nacimiento de la Madre de nuestro Dios y de nuestra protectora; y ved aquí en dos palabras todo cuanto tengo que deciros y el verdadero elogio de la Virgen. María nace para ser verdadera madre de Dios; punto primero: María nace para ser poderosa protectora de los hombres; punto segundo.

Dios Omnipotente y santo, á quien adora y venera nuestra fe en ese augusto y admirable Sacramento, concedédme vuestra gracia, para que yo hable dignamente de vuestra santísima Madre, y nuestra poderosísima protectora. Esto os suplicamos por el amor que le tenéis, y por el afecto con que la saludamos diciendo con el ángel: *Ave María.*

(1) *Vaticinium omnium prophetarum.* Hieron. in e. 6. Matth.

PRIMERA PARTE.

He dicho poco há que nada hay mas fácil que formar el verdadero elogio de la vírgen María, diciendo que hoy nace para ser madre de Dios; pero ahora afirmo que nada hay mas difícil que comprender esta eminente grandeza. Son tan admirables las verdades que la Religion cristiana nos enseña, que si pretendemos alcanzarlas por otro camino que por el cautiverio del entendimiento en obsequio de la fe, como lo manda el Apóstol, quedaremos oprimidos de su gloria. La existencia de un Dios trino y uno, la eterna generación del Padre, la encarnacion del Verbo, que es el Hijo, la divinidad del Espíritu santo, la unidad de la divina Esencia, la trinidad y distincion de las Personas, y otras verdades como estas, debemos creerlas, debemos públicamente confesarlas, debemos dar la vida, si fuese necesario, en obsequio de nuestra fe; pero comprenderlas no podemos. No de otra suerte es justo discurrir en el presente asunto. Hallamos en el Evangelio de este dia que de María nació Jesus: *De qua natus est Jesus:* vemos expresamente definido, contra el heresiarca Nestorio, en el sacrosanto Concilio efesino, que María es madre del divino Verbo, y que es verdadera madre de Dios. Ved aquí nuestra fe divina, ved aquí lo que creemos y confesamos; pero elevarse el entendimiento á penetrar este adorable misterio, es pretender un imposible, es querer explicar lo que es esencialmente inexplicable. Intrépidamente lo aseguro, decia san Bernardo, que ni la misma Virgen podria explicar perfectamente lo que es ser madre de Dios: *Audacter dico, quod nec ipsa plane Maria potuit explicare.*

Con efecto, amados míos, aunque yo refiriera cuanto han escrito los santos Padres, cuanto han pensado las celestiales inteligencias y cuanto en todos los siglos se ha dicho y predicado de esta incomparable Reina, ¿me entenderiais vosotros, ni me entenderia yo mismo? Si las dos únicas palabras del presente Evangelio han dado asunto á millares de volúmenes y millones de discursos, y están todavía sin explicar, y así se estarán por toda la eternidad, ¿no seria mas acertado venerar con un profundo silencio este misterio, que pretender explicarlo? Pero no siéndome esto permitido, acerquémonos reverentes á tanta

luz, y enriquezcamos nuestra devocion con alguna pequeña parte de su misma claridad.

Intendat mens humana, contempletur, et stupeat! ¡Escucha, hombre, exclama san Anselmo, contempla y admírate! Decir *madre de Dios*, es decir una criatura la mayor de todas en el orden de los decretos eternos, escogida en las ideas de Dios entre todas las criaturas posibles, para dar la vida al Autor de ella y producir en tiempo al que el Padre engendra en la eternidad; predestinada ántes de todos los siglos á una dignidad tan eminente, que es en algun modo infinita, teniendo por término á un Dios, á quien mira, y á quien necesariamente encierra, siendo ella misma el término y el último esfuerzo del poder y de la bondad divina. Á no unirse á Dios hipostáticamente, dice Alberto Magno, nada puede hacer Dios, ni mayor ni mas glorioso, á favor de María santísima: *Magis conjungi Deo non potuit, nisi fieret Deus.*

Decir *madre de Dios*, es decir una criatura prometida desde el principio de los tiempos al hombre prevaricador, para que por ella esperase su remedio y el de todos sus miserables descendientes, como de una madre de todos los hombres, arca de todos los tesoros de Dios, reina de todos los ángeles del cielo, y terror de todos los demonios del infierno, contra quienes estaria siempre en guerra, á quienes venceria en todas las batallas, y tendria humillados debajo de sus plantas (1).

Decir *madre de Dios*, es decir una criatura que hecha hija del eterno Padre y esposa del Espíritu santo, concibió por virtud del Altísimo, y parió sin mancha ni detrimento de su limpísima virginidad al adorable humanado Verbo; aquel Verbo que es la sabiduría esencial, el esplendor eterno, la imagen adorable de su Padre, con quien produce eternamente al Espíritu santo; aquel Verbo, persona divina con dos naturalezas, igual en todo á su Padre por la divina, inferior á los ángeles por la humana, el cual tomando sobre sí mismo las enfermedades de los hombres, los elevó á la participacion de su grandeza y divinidad. Queréis saber quién es la madre? Pues entendéd primero quién es el Hijo, decia san Enquerio: *Queritis qualis Mater? querite prius qualis Filius.*

Decir *madre de Dios*, es decir una criatura concebida en gra-

(1) *Gen. c. 3. v. 15.*

cia, exenta de toda culpa, de la que el santo Concilio de Trento despues de san Agustin, quiere que nunca se haga mencion, cuando se trata del pecado. Una criatura que ya en su nacimiento aparece con una plenitud de gracias, de dones sobrenaturales, de hábitos infusos, de virtudes heroicas, mayor que la de todos los santos y ángeles juntos; y que sola en la tierra, despues de Jesucristo, correspondió á todo con una fidelidad igual á las liberalidades de su insigue bienhechor. Una criatura que en el resto de su vida llegó á una plenitud de perfeccion y de santidad tan incomprensible, y á una plenitud de gloria tan inefable, que nada hay en el cielo ni en la tierra que no esté postrado á sus piés, fuera de Dios. *Quidquid majus est minus est Virgine*, decia san Pedro Damiano, *solumque Opificem opus istud supergredi* (1).

Decir *madre de Dios*, es decir en una palabra el compendio de las maravillas de Dios, la obra mas perfecta del Omnipotente, la gloria de la celestial Jerusalem, la medianera de la salvacion, la reparadora de los siglos, la union, la paz y reconciliacion del universo. Es decir lo que los demonios temen, y lo que los hombres reverencian, lo que los ángeles admiran, y lo que Dios mas ama. Es decir todo lo demas que yo no sé, ni alcanzo, ni puedo decir: *De qua natus est Jesus.*

Esta es María, esta es esa preciosa niña, cuyo nacimiento celebra hoy nuestra madre la santa Iglesia. ¿Tendréis alguna duda de cuanto os he dicho hasta aquí de esta incomparable Reina? ¿Pensaréis acaso que son imaginaciones mias, ó invenciones falibles de algun hombre, capaz de engañar ó de engañarse? Ah! esta es la grande prerogativa de la cátedra de la verdad, desde donde sin mérito alguno mio estoy hablando. Nada humano, nada falible tiene lugar ni debe tenerlo en ella. La santa Iglesia, que gobernada por el Espíritu santo, no puede carecer de luces ni errar en sus juicios, es, decia san Bernardo, la que así nos enseña á venerar á María: *Hæc mihi de Virgine cantat Ecclesia.* La Iglesia es, con san Agustin, la que no encuentra elogios demasiados ó excesivos á María: *Quibus te laudibus efferam, nescio.* La Iglesia es la que ha manifestado en todos tiempos su celo y fervor en mantener su gloria y defender sus privilegios. De aquí la honrosa distincion que ha pues-

(1) *Serm. 1. de Nativ. Virg. Mar.*

to en el culto de la santísima Virgen y el de los santos. De aquí esta tan gloriosa aplicación que se atreve á hacerle de los admirables elogios que el Espíritu santo ha dado en las santas Escrituras al Verbo eterno, que es la sabiduría del Padre; de aquí esta constante fortaleza para vindicar su maternidad divina, y anatematizar á los herejes coliridianos, maniqueos y nestorianos, en los santos Concilios efesino, calcedonense, constantinopolitano y niceno; de aquí esa firme resolución en todas las materias que no han sido reveladas, de extender sus privilegios, cuanto sea posible, sin ofensa de la fe; de aquí este prodigioso número de órdenes religiosas, de comunidades, congregaciones y cofradías establecidas para gloria suya, y que la Iglesia ha aprobado, autorizado y protegido; de aquí esta multitud casi infinita de templos, altares y solemnidades, que ha formado para honor y culto de esta santísima Virgen; de aquí... ¿pero á dónde voy á proceder en infinito? Seria nunca acabar, si hubieran de referirse todas las singularidades de esta preciosa niña, que nace para ser madre de Dios: *De qua natus est Jesus.*

Si alguna vez, Virgen santísima, puede contribuir á vuestra gloria la pública confesión de mi insuficiencia para alabaros dignamente, recibidla en este día que aparecéis la primera vez entre las gentes. Yo confieso, Señora, que mi entendimiento se aniquila, mis potencias se confunden y mi lengua carece de expresiones propias para explicar á mis oyentes que sois verdadera madre de Dios. Cuanto mas digo, mas me falta que decir; cuanto mas quiero explicarme, ménos me entiendo. Subid á este púlpito, varones ilustres, que tan útilmente empleasteis vuestra elocuencia en alabanza de María; aparecéd en nuestra presencia, Ildelfonsos, Damascenos, Bernardos, Anselmos y Agustinos; dejáos ver de nosotros, Gerónimos, Buenaventuras y Tomases, que yo os cederé gustosamente el sitio que indignamente ocupo. Hablad vosotros, y decídnos cuanto habéis escrito, cuanto habéis predicado, cuanto habéis elogiado á la Madre de nuestro Criador. Vosotros que ya gozáis eternamente de su hermosa vista allá en el cielo, decídnos, ¿quién es esta que en el día de su nacimiento aparece como una aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol? (1) Esta es María, madre de Dios, responden todos. Nada mas se puede decir, á

(1) *Cant. c. 6. v. 9*

no ser que queráis añadir que es tambien protectora de los hombres. Lo primero lo hemos procurado demostrar en esta primera parte; lo segundo será materia de lo que voy inmediatamente á deciros en la

SEGUNDA PARTE.

No permita Dios que por un celo indiscreto exceda yo mis expresiones, cuando empiezo á hablaros del poder de María santísima para con los hombres, y que elevando inconsideradamente su trono hasta el del Omnipotente, confunda la criatura con el Criador, la nada con el Ser de Dios, y ponga en la misma línea el Santo por esencia y la que solamente es santa por participación y por gracia. Yo sé y debo confesarlo, que hay un poder de independencia y de redención, que no pertenece sino á Jesucristo Dios y hombre verdadero, á quien todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra, y contra el infierno; igual á Dios en todas las cosas por la identidad de la divina esencia; el cual, si ruega, es en su propio nombre; si intercede, es por sus propios méritos; y si es oído, decia el grande Apóstol, san Pablo, es por su propio respeto y reverencia: *Exauditus est pro sua reverentia* (1). Pero hay tambien un poder de gracia y de intercesión, concedido á las almas bienaventuradas que gozan de Dios en el descanso de su gloria, ó que obedientes á sus divinos preceptos, viviendo en santidad y justicia, le son amables objetos sobre la tierra. La santa Escritura nos ofrece admirables pruebas de esta verdad. Dignóse el Señor obedecer á la voz de un hombre como Josué, y trastornó las leyes de la naturaleza deteniendo al sol, que iba rápidamente por su carrera; el mismo Dios y Señor dividió los mares, sumergió ejércitos enteros, y llovió infinitos prodigios sobre su pueblo israelítico, á instancia y solicitud de Moises. San Pablo afirma (2) que aquellos hombres del antiguo Testamento, de quienes no era digno el mundo, cerraban con su fe las bocas de los hambrientos leones, apagaban el ímpetu del fuego, se hacian invencibles en las batallas, sanaban de sus enfermedades, y obraban todo género de prodigios sobre la tierra. Las admirables conquistas de los apóstoles, los estupendos milagros de los

(1) *Hebr. c. 5. v. 7.* (2) *Hebr. c. 5. v. 33. et seqq.*

mártires, las patentes é innegables maravillas de los confesores, los gloriosos triunfos de las vírgenes, nos hacen ver con toda claridad que los justos, miéntras viven sobre la tierra, y los santos que reinan ya con Jesucristo en el cielo, tienen un poder de ruego y de intercesion, de gracia y de dependencia, que debemos constantemente confesar, y al que podemos acudir en nuestras necesidades y apuros.

Yo me compadezco, infelices herejes de estos últimos tiempos, yo me compadezco de vuestro error, que os ha separado de nuestra católica fe, negando la intercesion de los santos. Quisiera teneros á mi vista, para suplicaros con un espíritu de suavidad (como lo manda el Apóstol (1), y no con un celo amargo y desabrido, ajeno de la caridad de Jesucristo) que abrieseis los ojos, para ver que nosotros no acudimos á los santos, ni aún á la reina de todos los ángeles y santos, para que ellos por sí mismos, y con independenciam del Ser supremo, nos concedan lo que les pedimos, sino para que intercedan por nosotros, para que rueguen por nosotros como nuestros medianeros. Pero ya que su error los tiene separados de nuestra fe y compañía, vosotros, amados oyentes míos, que la confesáis y creéis, no dudéis acercaros al trono de María, y pedirle confiadamente que os alcance de su Hijo Jesucristo y Dios verdadero cuanto necesitéis. ¿Qué podrá negar un Hijo á tal Madre? ¿Y qué no podrá conseguir una Madre de tal Hijo? Ved aquí el principio sólido de nuestra grande esperanza y el poder incomparable de María santísima. Si el poder de intercesion en los santos es mayor ó menor, á proporcion que es mayor ó menor su santidad, ¿cuál será el poder de la Virgen para favorecernos, cuando hoy en el mismo día de su nacimiento excede ya en virtud y en santidad á todos los patriarcas, á todos los profetas, á todos los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y demas justos de todos los siglos? ¿Cuál será su poder para el remedio de nuestras necesidades, si se aventaja en santidad y virtud, decia san Anselmo, no solo á todos los santos, sino tambien á todos los ángeles? *Oh benedicta super mulieres quæ angelos vincis puritate, sanctos superas pietate!* La Iglesia nuestra madre penetrada de estos sólidos y piadosos sentimientos, no duda invocar á María con los dictados

(1) II. Cor. c. 6. v. 6.

y consolantes títulos de madre de la gracia, madre de la misericordia: *Maria mater gratiæ, mater misericordiæ*. La llama refugio de pecadores, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, vida y esperanza nuestra: *Vita, dulcedo, spes nostra, salve*.

Pero diréis acaso, amados míos, ¿querrá la Virgen emplear á favor nuestro este asombroso poder que Dios le ha comunicado? Ah! ¿quién puede dudarle, dice san Bernardo, sabiendo que es la madre de misericordia? *Quomodo misereri nolle mater misericordiæ?* Preguntád á los infieles que ha ilustrado con su intercesion, á los herejes que ha convertido, á todos los justos que ha santificado, á todos los pecadores que ha mudado. Reducid á número los hombres oprimidos que ha librado de la violencia, los hombres perseguidos que ha protegido, las almas atribuladas en quienes ha hecho revivir la esperanza y el alivio. Hacéd la suma del gran número de endemoniados que ha libertado, cautivos á quienes ha roto las cadenas, pobres que ha socorrido, enfermos que ha sanado, muertos que ha resucitado: *Nec est qui se abscondat à calore ejus*. Notád los ejércitos que ha coronado de victorias, las ciudades que ha defendido contra los formidables asaltos de sus enemigos, las provincias que ha preservado del horror de la guerra, del azote de la peste, de la infeccion de la herejía, de la penuria del hambre, colmando los reinos de prosperidad y de gloria: *Nec est qui se abscondat à calore ejus*. Leéd un número prodigioso de volúmenes, fieles depositarios de su poder y de los milagros de su bondad. Mirád una multitud casi infinita de dádivas pendientes de sus altares, claros monumentos de los bienes exteriores y corporales que se han recibido de esta Señora: juntád á estos otros millares de beneficios interiores y sobrenaturales, cuyas gracias no se le tributan sino en secreto. Ponéd ademas..., pero faltan palabras, y no se encuentran expresiones para decir su fortaleza contra las potestades infernales, contra las persecuciones de los tiranos, contra el furor de los idólatras, contra la envidia de los judíos, contra los artificios de los herejes, y contra los insultos de los libertinos y viciosos. Hable la experiencia propia de cada uno, mas elocuente sin duda que todos los oradores del mundo. ¿Cuántas veces vosotros mismos, amados míos, hubierais visto perderse vuestros frutos y perecer de hambre vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos por la irregularidad de las estaciones, por la falta ó por el exceso de las lluvias, si no fuera por el

poder de María, en quien tenéis vinculadas vuestras esperanzas? ¿Cuántas veces el furor de una tempestad hubiera destruído vuestros campos, y la terribilidad de un rayo os hubiera sepultado en los infiernos en castigo de vuestros desórdenes, si el poder de la Virgen madre no hubiera contenido el irritado brazo de su hijo? ¿Cuántas veces la voracidad de un incendio hubiera reducido á cenizas vuestras casas, vuestros muebles, y acaso vuestras personas, si la piedad de María no lo hubiera impedido? ¿Y cuántos años há (sí, señores, confesémoslo de buena fe, para gloria de Dios y de su beatísima madre, y para nuestra confusion y enmienda), cuántos años há que vosotros y yo estaríamos en los braseros eternos por nuestras culpas, si esta madre llena de bondad no nos hubiera alcanzado de su Hijo, que se prolongase nuestra vida para que hiciésemos frutos dignos de penitencia? ¿Y bien, oyentes míos, desmentiremos con las obras la ilustre confesion de nuestros labios? ¿Confesaremos que María nace para madre de Dios, á quien nosotros hemos ofendido, y estamos en ánimo de ofender, miéntras nos durare la vida? ¿Diremos que María nace para protectora de los hombres que se abalanzan voluntariamente á los peligros, que irritados se vengan de sus prójimos, que atropellan la razon y la ley, para abatir á sus hermanos, que aumentan sus caudales con la opresion de los infelices, y ocultan ó desfiguran la verdad, para llevar á efecto sus enredos y sus perfidias? Si, lo que Dios no permita, viviéremos así, ¿de qué nos servirá confesar que María nace para madre de Dios y protectora de los hombres? ¿Qué utilidad sacaremos de rezarle cuatro Ave Marías solamente con los labios? Á la verdad nos exponemos á que la Virgen nos reprenda como su santísimo Hijo á un pueblo infiel, aunque en lo exterior devoto: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me*: este pueblo me honra con los labios; pero su corazon está muy léjos de mí (1): allá vive en la region de la impureza y en el país de la gula, en la ciudad del interes, en el pueblo de la mentira y en la casa de la embriaguez. Se acerca á mis altares para ofrecerme el sacrificio infructuoso de mis alabanzas, al mismo tiempo que su corazon medita arbitrios para ofender á mi Hijo é irritarme á mí: *Populus hic labiis me honorat, etc.*

(1) *Matth. c. 15. v. 8.*

No permita Dios, vuelvo á decir, amados míos, que nos hallemos en el infeliz estado de ser reprendidos de esta suerte por la santísima Virgen, sino que humildes, devotos, veraces, castos, laboriosos y caritativos entremos en este santo templo á ofrecer á esta preciosa niña nuestros corazones; y en caso de que sorprendidos de nuestras pasiones, enredados de los lazos del mundo y vencidos por las tentaciones del demonio, nos hallemos en desgracia de la Virgen, no salgamos de esta Iglesia sin haber formado las mas sérias y eficaces resoluciones de entablar una vida irreprochable. ¡Oh, qué grande seria nuestra felicidad, si así lo hiciéramos! pues lograríamos que la Virgen fuese nuestra medianera para con su divino Hijo, y que este Dios omnipotente nos concediese mucha gracia en la tierra, y la grande gloria en el cielo, que yo á todos deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo. Amen.